

chó tranquilamente la melodía que canté, triste como nuestras almas, y sus ojos se llenaron de lágrimas... Al ver esto, arrodilléme ante ella, su linda cabeza se inclinó hacia mí, y nuestros labios se unieron en un casto beso; pero Serafina, desprendiéndose al punto de mis brazos, levantóse para dirigirse á la puerta de la habitación, volvió y me dijo:

—Querido Teodoro, vuestro tío es una persona muy digna, y me parece el protector de esta casa: decidle de mi parte que ruegue por nosotros todos los días, para que Dios nos preserve de todo mal.

Apenas pronunciadas estas palabras, Adelaida volvió á entrar, y no pude responder á Serafina, porque estaba demasiado conmovido para hablarla sin faltar á las conveniencias. La baronesa me ofreció su mano, diciéndome:

—Hasta la vista, amigo Teodoro; me acordaré largo tiempo de esta noche.

Cuando entré en mi cuarto, mi tío dormía, y gracias á esto no pudo ver mis lágrimas; el amor que me inspiraba Serafina oprimíame el corazón dolorosamente; y muy pronto se repitieron mis sollozos de tal manera, que el buen anciano se despertó.

—Primo—me dijo—decididamente te has empeñado en volverte loco; hazme el favor de acostarte en seguida.

Este prosaico apóstrofe me hizo volver en mí, y forzoso fué obedecer. Apenas transcurridos algunos instantes, parecióme oír idas y venidas, ruido de puertas que se abrían y cerraban, luego resonaron pasos en la galería y llamaron á la puerta de nuestro cuarto.

—¿Quién va?—pregunté con voz alta y brusca.

—Señor justiciero—contestó una voz—tened la bondad de levantaros cuanto antes.

El que así hablaba era Franz.

—¿Se ha prendido acaso fuego en el castillo?—pregunté yo.

Al oír la palabra fuego, mi tío, que se despertaba en aquel instante, saltó del lecho y corrió á la puerta para abrir.

—¡Por Dios, apresuraos!—añadió Franz;—el señor barón necesita veros al punto, y la señora parece estar á punto de morir.

El rostro de Franz estaba lívido al pronunciar estas palabras. Apenas hubimos encendido luz, cuando se oyó la voz del barón que decía:

—¿Podría hablaros al instante, amigo mío?

—¡Diablo!—me dijo el buen anciano.—¿Cómo es que ya estás vestido? ¿Qué tratas de hacer?

—Verla una vez más, decirle que la amo y morir—contesté con voz ahogada.

—Hubiera debido adivinarlo—repuso mi severo tío, empujándome y cerrando la puerta, cuya llave se guardó en el bolsillo.

Ciego de cólera quise romper la cerradura, mas al punto reflexioné sobre las consecuencias que esto podría tener, y resignéme á esperar con paciencia la vuelta de mi tío, aunque había resuelto escaparme á toda costa apenas entrara. Un momento después oí que hablaba con el barón vivamente, y aunque no pude distinguir las palabras, comprendí que se pronunciaba mi nombre, lo cual hizo crecer de punto mi inquietud. Por fin el barón se alejó, tal vez porque alguien había ido á buscarle precipitadamente; y mi tío entró en la estancia enmudeciendo de asombro al observar mi ciego delirio.

—¿Ha muerto?—pregunté;—quiero bajar y verla al momento, y si os oponéis me pegaré un tiro á vuestra vista...

—¿Piensas tú—preguntó el anciano tranquilo é impasible—que tu vida pueda tener para mí algún valor

si te empeñas en arrancártela sólo para cumplir tu lastimera amenaza? ¿Qué tienes tú que ver con la esposa del barón? ¿Con qué derecho entrarías en una habitación mortuoria, en la que tu ridícula conducta te prohíbe penetrar ahora más que antes?

Al oír estas palabras, dejéme caer aniquilado en una silla, y tal era mi aspecto, que el buen anciano se compadeció y me dijo:

—Te advertiré que el supuesto peligro de la baronesa no era más que un sueño; la señorita Adelaida se trastorna cuando hay temporal, y las dos ancianas tías han fatigado á la pobre Serafina con sus atenciones y sus elixires. La baronesa no tiene más que un desmayo, una crisis nerviosa que el barón atribuye á los efectos de la música. Ahora bien, puesto que ya debes estar del todo tranquilizado, voy á fumar, con tu permiso, pues me sería de todo punto imposible conciliar ya el sueño... Primo mío—añadió después de una pausa, lanzándome espesas bocanadas de humo—te aconsejaría que no tomases en serio el papel de héroe que te hacen representar aquí desde tu aventura, pues un pobre diablo como tú se expone á muchos perances cuando es vanidoso y se sale de su esfera. Recuerdo que en la época en que yo estudiaba en la universidad, tenía por amigo á un joven de carácter dócil y pacífico; cierta casualidad le comprometió en un lance de honor, y condújose con una energía que asombró á todo el mundo. Desgraciadamente aquel triunfo y la admiración de que fué objeto cambiaron del todo su carácter, é hizose pendenciero y fanfarrón... En una palabra, cierto día insultó á un compañero por la mezquina satisfacción de echársela de valiente, y el resultado fué que el otro le mató como á una mosca. No te refiero esta historia, primo mío, sino para pasar el tiempo; pero tal vez halles ocasión de sacar partido de ella. Y ahora, como ya he concluido de fumar mi pipa,

y aún está muy oscuro, paréceme que aún podremos dormir dos horas más.

En aquel momento oyóse la voz de Franz, que venía á traernos noticias de la enferma.

—La señora baronesa—nos dijo—está completamente restablecida de su indisposición, la cual atribuye á un mal sueño.

Al oír estas palabras, iba á proferir una exclamación de contento; pero una mirada de mi tío me contuvo.

—Está bien—dijo á Franz—sólo esperaba esto para ir á descansar un poco, pues á mi edad son perjudiciales los insomnios. ¡Dios nos guarde hasta el fin de la noche!

Franz se retiró, y aunque ya se oía el canto de los gallos en el pueblo vecino, mi tío se tapó con las sábanas para entregarse al sueño.

Al día siguiente, á primera hora, bajé á paso de lobo para ir á preguntar á la señorita Adelaida cómo seguía la baronesa; pero en el umbral de la puerta me encontré, cara á cara, con el barón, cuya penetrante mirada me midió de pies á cabeza.

—¿Qué buscáis aquí?—me preguntó con voz contenida.

Reprimí lo mejor posible mi emoción, y, armándome de valor, contesté con firmeza que iba de parte de mi tío á informarme del estado de la baronesa.

—Está bien—replicó friamente el barón;—ha tenido sus ataques de nervios, como de costumbre; pero ahora descansa, y confío que se presentará á la mesa. Contestad así; y ahora retiraos.

Por su expresión de impaciencia parecióme que estaba más inquieto de lo que aparentaba; saludéle cortésmente, y ya iba á retirarme, cuando me detuvo por el brazo, diciéndome con una mirada que me pareció fulminante: «Joven, necesito hablaros.» Por el tono de sus palabras hice al punto las suposiciones más temi-

bles; veíame en presencia de un esposo ofendido, que habiendo adivinado lo que pasaba en mi corazón, disponíase á pedirme rigurosa cuenta. Yo no llevaba armas; sólo tenía una navajita, regalo de mi tío; la toqué en mi bolsillo, y recobrando mi aplomo seguí al barón, que me conducía, resuelto á vender cara mi vida, si las cosas tomaban un giro dramático. Llegado á su habitación, el señor de R...sitten cerró con cuidado la puerta, comenzó á pasear de un lado á otro, y deteniéndose luego delante de mí con los brazos cruzados, me dijo:

—Joven, necesito hablaros.

—Espero, señor barón—contesté—que lo que tenéis que decirme no exigirá de mi parte ninguna reparación.

El barón me miró como si no hubiese comprendido; después bajó la vista, y cruzando de nuevo los brazos, continuó su paseo. Un momento después vile coger su carabina y examinar la llave; el temor al peligro me enardeció, y abriendo en el fondo del bolsillo la navajita, di un paso hacia el barón para que no pudiese apuntarme.

—¡Buen arma!—dijo el señor de R...sitten, volviendo á dejar la carabina en un rincón.

Yo no sabía qué hacer, cuando el barón, acercándose de nuevo á mí, y poniéndome la mano en el hombro, me dijo:

—Teodoro, mi conducta debe pareceros ahora extravagante, y es que, en efecto, estoy trastornado por las angustias de la noche pasada. La crisis nerviosa de Serafina no tenía nada de alarmante; pero en este castillo existe no sé qué mal genio, que me hace ver todas las cosas bajo los colores más sombríos. Esta es la vez primera que la baronesa ha tenido aquí una indisposición, y vos sois la causa única.

—Á decir verdad—contesté con calma—no sabría explicarme...

—¡Quisiera que ese infernal clavicordio se hubiera hecho pedazos el día que lo trajeron á mi casa!—interrumpió el barón;—pero bien mirado, yo hubiera debido vigilar desde el primer día lo que pasa aquí. Mi esposa tiene una constitución tan delicada, que la menor emoción puede privarla de la vida; yo la traje confiando en que este riguroso clima y las distracciones de un género de vida algo rudo producirían una feliz reacción; mas parece que os habéis propuesto enervarla más con vuestras lánguidas melodías. Su imaginación exaltada predisponía á sufrir las más fatales conmociones, y vos le dais el último golpe, refiriéndola no sé qué estúpida historia de aparecidos. Vuestro tío me lo ha dicho todo, y de consiguiente nada podéis negar; sólo quiero que me digáis á mí lo que pretendéis haber visto.

El giro que tomaba nuestra conversación me tranquilizó, y obedecí la orden del barón, quien no interrumpió mi relato, muy detallado, sino para proferir sordas exclamaciones, al punto reprimidas. Cuando llegué á la escena en que mi tío había conjurado al fantasma invisible, el barón elevó las manos, murmurando:

—¡Sí, verdaderamente es el genio tutelar de la familia, y cuando Dios le llame á sí, quiero que sus restos mortales reposen junto á los de mis abuelos!...

Y como yo guardase silencio, cogiome de la mano y añadió:

—Joven, vos sois la causa involuntaria del malestar de mi esposa, y es preciso que de vos mismo venga la curación.

Al oír estas palabras, el rubor encendió mis mejillas; el barón, que me observaba, sonrióse al ver mi confusión, y prosiguió con un tono que rayaba en irónico:

—No se trata aquí de una enferma de peligro, y ahora os diré qué servicio espero de vos. La baronesa

se halla bajo la influencia de vuestra música, y fuera una crueldad suprimirla de pronto, por lo cual os autorizo á continuarla, pero exigiré que cambiéis el género. Haced una elección graduada de las piezas de más brío, mezclando hábilmente lo alegre con lo serio; y, sobre todo, hablad á menudo de la aparición, pues así se familiarizará poco á poco con la idea, acabando por no darle importancia. Creo que me habréis comprendido bien, y cuento con vuestro auxilio.

Al terminar esta especie de instrucción, el barón se retiró, dejándome algo confuso por haberme tratado como á persona de poca importancia: mi asiduidad y atenciones con la bella Serafina no habían sido suficientes para despertar los celos de aquel hombre; mi sueño heroico quedaba desvanecido; hallábame al nivel del niño que toma por lo serio en sus diversiones su corona de papel dorado.

Mi tío, seguro de que yo había hecho alguna escapatoria, esperaba con ansiedad mi vuelta, y apenas me divisó, preguntóme desde lejos de dónde venía.

—Acabo de conferenciar con el barón— contesté algo desconcertado.

—¡Bueno!— exclamó mi tío— ya te dije que más tarde acabaría esto mal...

Y la carcajada con que acompañó estas palabras, demostróme que en todas partes se tomaba á broma mi conducta. Esto resintió mi amor propio, pero guardéme bien de darlo á conocer, pues tenía el porvenir para vengarme de la poca importancia que me daban unos y otros.

La baronesa se presentó á la hora de comer, ataviada con un vestido blanco, cuyo color parecía confundirse con la palidez mate de sus mejillas; sus facciones expresaban una dulce melancolía; y al verla, mi corazón latió; pero experimenté contra Serafina, á pesar de su divina belleza, algo de la cólera que el barón me



LA PUERTA TAPIADA

había inspirado ; parecíame que aquellos dos seres se conjuraban para burlarse de mi ; creí ver algo de irónico en la mirada de la baronesa, y su amable acogida me resintió cual si fuese una mentira odiosa. Procuré alejarme de ella todo lo posible, y fui á ocupar un asiento entre dos oficiales, con los que brindó varias veces. Llegados los postres, un criado me presentó una bandeja llena de pastillas, murmurando á mi oído : « De parte de la señorita Adelaida. » Cojo el plato, y en la pastilla más grande leo en el papel que la envuelve estas palabras, trazadas con la punta de un cuchillo : « Señor bebedor, se os olvida brindar por la baronesa. » Entonces acerco mi copa á los labios y la vacío de un solo trago ; al dejarla, observo que Serafina ha hecho como yo ; hemos bebido en el mismo instante, y cuando nuestras copas tocan la mesa, encuéntrase su mirada con la mía... Por mis ojos pasa como una nube, y el remordimiento me oprime el corazón. ¡ Serafina me ama ! Ya no tengo derecho para dudarle ; mi felicidad se convertirá en locura... pero uno de los convidados se levanta, y según la costumbre del Norte, propone beber á la salud de la castellana. No sé qué secreto despecho sentí en aquel instante al ver que otro se anticipaba á mí ; cogiendo mi copa, levántela, y permanecí inmóvil, figurándome que en aquel momento de fascinación iba á caer de rodillas á los pies de mi amada.

—¿ Qué hacéis, amigo mío ?—me pregunta la persona que está á mi lado.

Estas palabras bastan para romper el encanto ; mis ojos buscan á Serafina ; pero ha desaparecido.

Terminada la comida, mi embriaguez era tan fuerte, que hube de salir del castillo á pesar del huracán y de la nieve, que caía en espesos copos. Comencé á correr á través de los brezos y por las orillas del lago, y al mismo tiempo gritaba con todas mis fuerzas:

« ¡Ved cómo el diablo hace bailar al estúpido niño que trataba de coger el fruto prohibido en el jardín del amor!... » Y seguía corriendo sin aliento; y Dios sabe á dónde hubiera llegado si no hubiese oído pronunciar mi nombre por una voz conocida, la del guardabosque de R...sitten.

— ¡Hola! señor Teodoro—gritaba el buen hombre— ¿cómo diablos venís á mojaros los pies en la nieve, á riesgo de coger un reuma mortal? Os estoy buscando por todas partes, pues vuestro tío os espera hace ya dos horas largas.

Estas palabras me hicieron recobrar un poco la serenidad, y aunque maquinalmente, seguí al guía encargado de buscarme.

Al llegar al castillo encontré á mi tío funcionando gravemente en la sala de audiencias: esperábame yo una severa mercurial; pero el buen hombre fué muy indulgente.

—Primo—dijomé sonriendo—bien has hecho en ir á tomar un poco el aire para que se disipen los vapores del vino; pero en adelante procura ser más juicioso, porque no tienes edad para permitirte semejantes excesos.

Y como yo no contestase una sílaba, é hiciera además de sentarme á trabajar, como un colegial á quien se sorprende en falta, mi tío añadió:

—Cuéntame al menos lo que ha pasado entre el barón y tú.

Hicelo así, repitiendo punto por punto nuestra conversación.

— ¡Muy bien! —replicó mi tío.— ¡Bonita comisión ibas á desempeñar! Afortunadamente para él, nos marcharemos mañana...

Al oír esto pensé perder el juicio; pero no hubo apelación; á la mañana siguiente el buen anciano cumplía su palabra, y desde entonces no volví á ver á Serafina.

Pocos días después de nuestro regreso, mi tío comenzó á padecer accesos de gota muy violentos, que cambiaron completamente su carácter; mostrábase sombrío y taciturno, y á pesar de mi solicitud y de los auxilios de la medicina, el mal empeoró. Cierta día me envió á llamar apresuradamente, pues una crisis más fuerte que las demás le había puesto á dos pasos del sepulcro; halléle postrado en el lecho del dolor; y su mano oprimía una carta, ya arrugada, en la cual reconocí la letra del intendente de los dominios de R...sitten; pero estaba tan afligido, que no se despertó mi curiosidad, pues á cada momento temía ver á mi tío exhalar el postrer aliento. Por fin, después de largas horas de angustia, pareció volver á la vida; el pulso comenzó á latir, y la robusta organización del anciano triunfó de los ataques de la muerte. Poco á poco alejóse el peligro, pero el enfermo hubo de guardar cama algunos meses sin moverse apenas, quedando su salud tan quebrantada, que el buen anciano debió hacer dimisión de sus funciones judiciales. Con esto perdí la esperanza de volver más á R...sitten. El pobre enfermo no quería que le cuidase nadie sino yo, y cuando sus dolores le dejaban un momento de reposo, todo su consuelo era conversar conmigo; pero sin hablarme nunca del señor de R...sitten, de quien no osaba yo tampoco preguntar nada. Cuando á fuerza de abnegación y de celo conseguí que el buen anciano recobrase un poco la salud, el recuerdo de Serafina se despertó en mi alma, rodeado de un encanto más poderoso que nunca. Cierta día abrí por casualidad una cartera de que me servía durante mi estancia en R...sitten, y de ella cayó una cosa blanca: era una cinta de seda que había sujetado un rizo del cabello de Serafina. Al examinar aquella prenda, recuerdo de un amor secreto que la fatalidad había roto al nacer, observé que tenía una mancha de color rojizo. ¿Era de

sangre? ¿Sería presagio de algún trágico acontecimiento? Mi imaginación se perdía en las más tristes suposiciones.

Mi tío comenzaba á recobrar poco á poco sus fuerzas, gracias á lo benigno del tiempo, y cierta tarde le conduje al jardín para que aspirara el aire embalsamado; nos sentamos en un banco, y me dijo:

—Primo, hoy me parece tener más fuerzas que nunca, pero no me hago ilusiones sobre el porvenir; este restablecimiento se asemeja á las últimas y vivas claridades de una lámpara que está á punto de apagarse; pero antes de entregarme al último sueño, cuya proximidad espero con la calma del justo, debo cumplir un deber hacia ti. ¿Te acuerdas de nuestra permanencia en R...sitten?

Esta inesperada pregunta me causó una turbación inexplicable; y como el anciano lo notase, añadió sin darme tiempo para buscar una contestación:

—Primo, á no ser por mí, estarías en un abismo de desgracias, y para salvarte me fué preciso hacerte salir de R...sitten. Sobre los señores de ese castillo pesa una historia misteriosa, en la cual has estado á punto de mezclarte á causa de tu imprudencia. Ahora que el peligro ha pasado, escúchame, pues antes que la muerte nos separe quiero revelarte hechos muy extraños, y tal vez algún día halles ocasión de utilizarlos de ellos.

## II

Durante una tempestuosa noche de 176... los habitantes del castillo de R...sitten despertaron sobresaltados por efecto de una sacudida semejante á la de un

terremoto; los servidores de aquella sombría mansión recorrieron con espanto las salas para buscar la causa, pero no vieron ninguna señal de destrucción; todo respiraba la calma secular en que dormía la antigua residencia de la familia R...sitten. Sólo el anciano mayordomo, Daniel, subió á la sala de los Caballeros, donde el barón Roderico de R. se retiraba todas las noches después de sus trabajos de alquimia, á los cuales se entregaba con ardimiento, y quedó mudo de terror ante el espectáculo que se ofreció á sus ojos. Entre la puerta del cuarto de Roderico y la de otra habitación hallábase una tercera que conducía al último piso de la torre, á un pabellón que el castellano había mandado construir para practicar sus experimentos: al abrirla Daniel, una ráfaga de aire apagó la luz que llevaba en la mano, y algunos ladrillos, desprendiéndose del muro, cayeron en un abismo produciendo un ruido sordo.

—¡Misericordia! —exclamó Daniel arrodillándose— nuestro pobre amo ha muerto de una manera horrible...

Poco después, los criados, llorosos y afligidos, extraían el cadáver del desgraciado barón; se le vistió con su más rico traje y quedó expuesto en una capilla erigida en la sala de los Caballeros. Al practicarse un reconocimiento en el lugar de la catástrofe, reconocióse que la bóveda interior de la torre se había hundido; el peso de las piedras que formaban la base de aquella, bastó para abrir el suelo, y las vigas, arrasadas con la mayor violencia, rompieron la pared mediana, atravesando como flechas los pisos inferiores y abriendo en la oscuridad la puerta de la sala grande: no se podía ya poner el pie en la torre sin rodar al fondo de un abismo de treinta metros de profundidad.

El anciano barón había predicho el día de su muer-